

Ernesto Cardenal

y la poética de la prosa exteriorista

Moisés Elías Fuentes

MÁS ALLÁ DE EXALTACIONES Y VILIPENDIOS, la obra poética de Ernesto Cardenal (Nicaragua, 20 de enero de 1925) aparece ante los lectores como lo que debe ser toda obra literaria cuando es genuina: un desafío vital a la escritura y al habla. En efecto, si los poemas de Cardenal son experiencias vitales se debe a que el autor se arriesgó a buscar la poética de aquéllos en los acentos cotidianos, en las figuras retóricas devenidas recursos de la conversación diaria, en los juegos creativos coloquiales, surgidos a primera vista de la inmediatez, pero en verdad nutridos por una tradición de habla popular de raíces profundas.

Pero independientemente del uso de lo coloquial en que se inscriben, los poemas además contienen la belleza de la autenticidad del habla cotidiana de Ernesto Cardenal, habla que se formó y se forjó en el habla diaria nicaragüense. Nos hallamos ante una poesía que resulta familiar para los lectores de cualquier habla porque para comprenderla, para apropiársela, basta con que trasladen esos giros y tonalidades a su conversación diaria, traslación en que se reconocerán a sí mismos.

Uno de los grandes aciertos de la poesía exteriorista (o coloquial o conversacional, si así se prefiere), consistió y consiste en que nos ha llevado a convivir desde la página escrita con otras voces, con otras formas de pronunciar una realidad que se diversifica y enriquece mediante la permanente deconstrucción del idioma que se realiza en el día a día. Discurso poético que critica y por lo mismo renueva a las Vanguardias y sus ismos, el exteriorismo devela los derroteros de la lengua que deriva en lenguaje, quiero decir, lengua que al ser gestual, pictórica, cinética, es también palabra que se libera de sus límites.

Aventurada, la poesía de Cardenal no siempre consigue llegar a puerto, como solazada en la navegación y no en el destino. Sin embargo, esto no ha obstado para que



Ernesto Cardenal lee sus poemas en La Chascona, Santiago de Chile. Fotografía: Roman Bonnefoy

pierda su intensidad emotiva, lo que la ha ubicado en los primeros sitios de la creación poética hispanoamericana. Esto a la vez ha impedido que conozcamos como se debe la otra parte de la obra literaria de Cardenal, la que corresponde a la prosa ensayística, porque el autor nicaragüense es uno de los ensayistas más placenteros que han dado las letras en lengua española durante el siglo xx y lo que va del xxi, y aunque no es un ensayista prolífico, sí es un ensayista franco, cadencioso y despejado, atributos poco comunes en nuestras letras.

Así como temprano descolló en la poesía, Cardenal también lo hizo en el ensayo. Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México, Cardenal obtuvo dicho título al presentar la tesis *Ansias y lengua de la nueva literatura nicaragüense*, trabajo en el que recorrió la evolución literaria en Nicaragua a partir del surgimiento de Rubén Darío. Ese texto sirvió de base para el prólogo que acompañó a *Nueva poesía nicaragüense*, antología que formó parte de una colección de antologías de poesía hispanoamericana, auspiciada por el Instituto de Cultura Hispánica, publicada en 1949, con el susodicho texto de Cardenal y la selección de los poemas realizada por Orlando Cuadra Downing.

Desde joven entusiasta del lenguaje llano, Cardenal transformó el ensayo preliminar en un paseo por la vida poética “cotidiana” de cada uno de los poetas que fue reseñando, de modo tal que al concluir la lectura de aquél, se arraiga en los lectores la sensación de haber acompañado a los escritores en sus procesos creativos, con la misma soltura con que otros acompañan a los pintores o a los escultores en sus respectivos talleres. Así, al referirse a Rubén Darío, Cardenal señala: “Había nacido en un país fogoso y turbulento que desde hacía siglos pugnaba por salir de sus fronteras.”

Al hablar de Alfonso Cortés —quien en 1927, a los 34 años, perdió la razón y sufría accesos de furia, por lo que los familiares lo mantenían encadenado en un cuarto de su casona—, el entonces veinteañero Cardenal apunta: “Él sólo tenía una ventana y un patio, y por ellos el viento le traía un mundo lejano, de afuera,

que despertaba anhelos indecibles en su alma”. Y más adelante indica: “Gracias a esa ventana y a ese patio, Alfonso Cortés, con sus grillos y su razón perdida, gozaba del viento a toda hora, el amigo inseparable de su alma”.

En *Ansias y lenguas de la nueva poesía nicaragüense*, Cardenal también se ocupó de José Coronel Urtecho, uno de los fundadores del movimiento de Vanguardia, figura indispensable para apreciar en su justa dimensión el ascenso creativo de la poesía en Nicaragua, al grado de convertirse en el género central de la literatura del país, por encima de la narrativa y de la dramaturgia. Para develar al maestro vanguardista, Cardenal lo presenta de esta forma:

Porque Coronel es de esos autores que necesitan mayormente ser recreados por otros autores, porque su personalidad —al menos hasta hoy— supera con mucho en importancia a su propia obra, con todo y que su obra es de una gran importancia.

En estas citas puede observarse la desenvoltura con que nuestro autor anda por los pasillos y cuartos íntimos de los escritores que reseña, desenvoltura que no relega el respeto debido a la privacidad de éstos. Estamos pues ante un ensayista asaz sensible, que no sensiblero, por tanto, competente para vislumbrar las vicisitudes emocionales de otros autores sin llegar nunca a importunarlas o tergiversarlas.

Otro de los ensayos esenciales de Ernesto Cardenal es el que acompaña a la edición de *Poemas de un joven*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1962. En este libro, que reúne los poemas de Joaquín Pasos, el niño prodigio de la Vanguardia nicaragüense, malogrado por su prematura muerte, Cardenal desplegó una vez más su sentido de la familiaridad, en este caso aliado a una prosa más garbosa, toda vez que enlaza la cotidianidad con pasajes de una erudición apabullante, aunque nunca pretenciosa.

Desentendido de la rigurosidad a veces anquilosante de los trabajos académicos, en el prólogo a *Poemas de un joven* Cardenal desplegó a su gusto la prosa

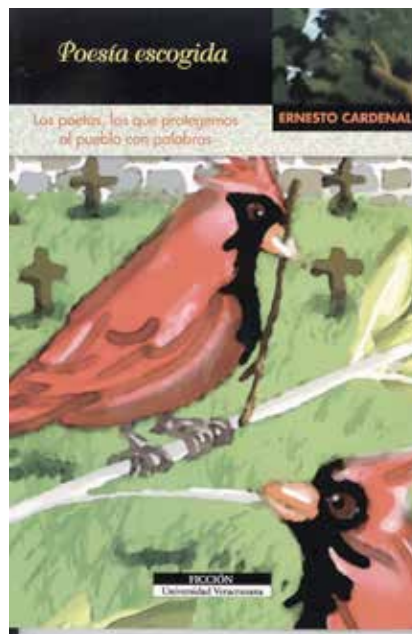
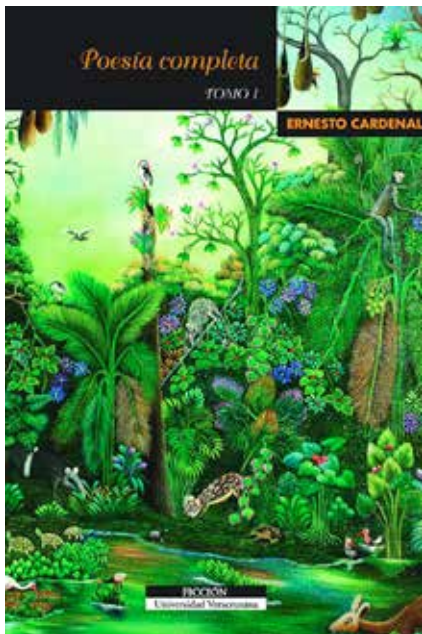
exteriorista, brindándonos un retrato a lápiz vívido y cordial del joven poeta, a quien él conoció de manera personal y con quien aprendió a compenetrarse hasta la entraña en la poesía. El primer párrafo del susodicho prólogo es, para mí en lo particular, una pequeña joya de la técnica discursiva:

Joaquín Pasos nació en Granada, Nicaragua, el 14 de mayo de 1914, y muy pronto comenzó a hablar. Le llevaban su botella de leche a la escuela y la bebía ahí acostado en el suelo porque sólo así la podía beber. Amaba mucho los perros y tenía uno llamado “Gobi” que murió cuando Joaquín tenía doce años. Cuando Joaquín iba a morir dijo a su mamá que quería tener un petate y un perro, para recordar su infancia.

Pocas veces en Nicaragua se ha alcanzado tal armonía rítmica en la prosa ensayística como en las páginas que Cardenal dedicó a Joaquín Pasos. Fuera de Rubén Darío, sólo los vanguardistas José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra lograron en su momento registros equiparables, al punto de que cuando terminamos la lectura de algunos de sus trabajos, los lectores tenemos la sensación de haber convivido tanto con el ensayista como con el personaje ensayado.

Poeta y ensayista, pero también sacerdote católico y activista político, Ernesto Cardenal también ha revisado mediante la prosa cuestiones religiosas, políticas y culturales en textos a veces recopilados en libros, pero las más de las veces desperdigados en periódicos y revistas, ya de Nicaragua, ya de otros países de habla hispana. Entre tales prosas se hallan verdaderas joyas discursivas, que hace mucho merecen la reunión en libro.

De ahí la relevancia de los tres volúmenes de *Memorias* que el escritor nicaragüense dio a la imprenta en los primeros años de este siglo XXI. Publicadas en México por el Fondo de Cultura Económica entre 2003 y 2004, *Vida perdida*, *Las ínsulas extrañas* y *La revolución perdida* reúnen las experiencias vitales de Ernesto Cardenal en sus diversas facetas, del niño de familia burguesa al sacerdote contestatario, del poeta



al militante político inconformista y crítico, del humanista al hombre de la vida diaria.

En las páginas de las *Memorias* se entrecruzan los amoríos del poeta adolescente con las dudas morales del religioso y las apreciaciones del crítico literario con los señalamientos críticos del revolucionario de izquierda. Y a este *collage* de experiencias lo enlaza la agilidad y la frescura de un hombre en su vejez física, que no envejecido en lo anímico, un hombre que conserva un sentido del humor espontáneo, libre de artificios.

Refiriéndose a su infancia en su ciudad natal, Granada, recordando a alguno de los personajes con quienes convivió sus primeros años, el escritor nicaragüense señala en el primer tomo, *Vida perdida*:

A propósito de ese libro me acuerdo ahora de don David Arellano. Los Arellano son locos. En Granada se dice que todo Arellano es loco. Don David Arellano era un loco de los que en otras partes están en los manicomios. Granada no tenía manicomio, y los locos andaban sueltos. Por lo general en cada casa de Granada había un loco o una loca.

Sin ambages, Cardenal nos conduce por las intimidadas de las familias burguesas de la aún conservadora Granada. Y lo hace con una naturalidad no exenta de jocosidad y pericia narrativa, diciendo cosas comunes pero sin repetirse, echando mano de sinónimos,

parónimos, comparaciones y paralelismos, como lo hace al relatar, en el mismo tomo, su entrada a la ciudad de México, cuando llegó para estudiar Lengua y Literaturas Hispánicas en la Universidad Nacional:

Nos quedamos embobados cuando el autobús iba entrando al anochecer al centro de la ciudad de México con aquellos edificios tan altos que no se les veía el fin desde la ventanilla y calles anchísimas y la avalancha de gente y gran cantidad de autos y de *buses* y tranvías y deslumbrantes luces y los neones de todos colores apagándose y encendiéndose o dando vueltas y en cada bocacalle las nuevas calles aún mayores y mayor el alboroto y los anuncios de neón altos y bajos y pequeños y grandes parecían perderse hasta el infinito.

Prosa exteriorista, con su poética de lo cotidiano, sin descripciones mayores de las emociones, pero emotiva y sensible, individual y coral a un mismo tiempo, transparente a veces, oscura otras, pero no dañada por ligerezas ni dejadeces. Prosa actuante y en movimiento, que merece ser descubierta o redescubierta por los lectores, quienes mediante ella han de encontrar a otro Ernesto Cardenal, no menos poético que el que nos han dado los poemas, pero sí con una frescura distinta, la que da andar por las calles citadinas y las veredas rurales, sintiendo al ser humano y a su entorno en plena acción de vivir. **▲▲**